

MÉXICO Y CANADÁ EN EL DECENIO DE LOS OCHENTA*

HUMBERTO GARZA ELIZONDO

I

LOS AÑOS OCHENTA comenzaron con la invasión soviética de Afganistán. Este hecho marcó que en el transcurso de ese decenio —como en los tres y medio que siguieron a la Segunda Guerra Mundial— la Unión Soviética sería la mayor preocupación para la política exterior de Estados Unidos. Por su parte, Estados Unidos ha representado lo mismo para la Unión Soviética.

A la vez, Estados Unidos sigue siendo la principal preocupación frente al exterior tanto de México como de Canadá. Sin embargo, aquí no hay reciprocidad. En esta era de competencia entre las superpotencias, aparte de algunos periodos de crisis breves pero importantes, Estados Unidos ha visto a México y Canadá como países de poco peso político.

Las principales condiciones externas que afectan las relaciones mexicano-canadienses, resultan evidentes. En términos generales, la creciente tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética, por una parte, y la crisis económica mundial, por otra, presentan obstáculos para relaciones más estrechas y para la cooperación entre México y Canadá. Por lo mismo, una distensión entre las superpotencias y la recuperación económica global serían favorables al fortalecimiento de estas relaciones.

A pesar de la desconcentración de poder a lo largo y ancho del mundo, hoy día Estados Unidos y la Unión Soviética continúan siendo los países más poderosos en términos militares; un conflicto entre ellos implicaría el riesgo de guerra total y la consiguiente catástrofe. Aun sin ese cataclismo, la competencia entre las superpotencias tiene como resultado el que una enorme porción de sus recursos se utilice para dar respuesta al poder militar de la otra potencia, así como para reforzar

* Traducción de Santiago Quintana.

valores políticos incompatibles. Al mismo tiempo, la magnitud, extensión y diversidad de sus intereses aseguran una variedad de negociaciones y contactos entre las superpotencias, en los que seguirán buscando cierta seguridad y predictibilidad en sus relaciones, pero con propósitos distintos y basándose en premisas divergentes.

Decir que cada superpotencia estará preocupada principalmente por la otra, no significa, por supuesto, que no tenga otros intereses y preocupaciones. Al contrario, el decenio de los ochenta ha visto tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética comprometidos intensamente con sus problemas domésticos, principalmente económicos, así como en sus esferas de influencia respectivas. Tanto México como Canadá son parte de la esfera de influencia de Estados Unidos, porque están dentro de su zona de seguridad nacional, entre otras razones. Este hecho tiene implicaciones importantes para el espacio de negociación que México y Canadá pueden tener frente a Estados Unidos en épocas de crisis.

Por lo demás, tanto la Unión Soviética como Estados Unidos lidian con una amplia gama de asuntos externos, muchos de los cuales quedan fuera de control efectivo. Sin embargo, la tendencia de cada país a medir sus fuerzas y debilidades, aspiraciones y temores, progreso y frustraciones, en relación con el otro, continuará probablemente muchos años, sin duda toda la década de los ochenta.

Durante esta década, persistirá la posibilidad de conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el Tercer Mundo, lo cual es motivo de preocupación permanente en el escenario internacional. El peligro de escalada en un conflicto es mayor en el Medio Oriente. En Sudáfrica, seguirán manifestándose fuertes tensiones hasta que haya un progreso definitivo hacia un gobierno de mayoría. Un potencial de conflicto está presente en Centroamérica y en otras partes del mundo, el cual depende, en ocasiones, de la acción tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética; otras veces, el peligro existe al margen de esas acciones.

La intervención soviética en Afganistán y las visibles manifestaciones de inestabilidad en Centroamérica, el Medio Oriente y Polonia, aumentan la preocupación por las intenciones soviéticas y la seguridad militar norteamericana, hasta grados sin precedente en la posguerra. Los debates actuales se centran en la necesidad de aumentar los gastos militares para desarrollar la capacidad de las fuerzas norteamericanas, para que puedan intervenir en el Tercer Mundo cuando se vean amenazados los intereses de Estados Unidos y, simplemente, para exhibir su poderío. Quienes elaboran las políticas norteamericanas, están reava-

luando lo importantes que son los países del Tercer Mundo para la seguridad de Estados Unidos, y buscan políticas que protejan más efectivamente esos intereses.

Mantener una estrategia de equilibrio global es una salvaguardia crucial contra el holocausto nuclear. Desde esta perspectiva, los países en desarrollo sólo son importantes en la medida en que afecten el equilibrio estratégico. Al mismo tiempo, sin embargo, los analistas más rigurosos comprenden que existen limitaciones al ejercicio del poder militar norteamericano, y que varios países y regiones del Tercer Mundo constituyen una preocupación para Estados Unidos por razones que se vinculan sólo tangencialmente con la relación estratégica entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Se requiere más análisis y discusión pública de la naturaleza precisa de la "amenaza" soviética a los países en desarrollo, y hace falta proseguir la investigación sobre la naturaleza de los intereses de seguridad a largo plazo de Estados Unidos en esos países.

Para Estados Unidos, la cuestión dominante en la década de los ochenta seguirá siendo la de cómo conducir las relaciones con la Unión Soviética para evitar una guerra y proteger los intereses norteamericanos. Abundan las teorías que pretenden explicar las motivaciones y propósitos soviéticos: que los soviéticos operan de acuerdo con un programa sistemático de expansión, que conduciría a su dominio del mundo; que el incuestionable crecimiento de la influencia y presencia soviética es resultado, esencialmente, de la explotación de inestabilidades ya existentes, que no crearon los soviéticos, particularmente en regiones del Tercer Mundo; que los soviéticos siguen respondiendo a lo que consideran un excesivo poder de Estados Unidos en el mundo, y a una posible coalición sino-occidental hostil hacia la Unión Soviética.

En general, pueden plantearse dos escenarios principales para la conducción de la política exterior soviética. ¿Se utilizará el poder soviético para negociar desde una posición de fuerza, y así lograr la seguridad y otros objetivos? ¿Considerarán los soviéticos que el uso de la fuerza es menos riesgoso para sus intereses, a raíz de hechos como los siguientes: el aumento del poder de China, el rearme de Japón, una mayor vinculación de Yugoslavia (después de Tito) con Europa Occidental, el crecimiento de la fuerza militar alemana, la amenaza a la seguridad de las comunicaciones marítimas soviéticas en lugares distantes?

Estas preguntas no tienen respuestas definitivas. El temor común a una guerra se ha considerado como base de la atenuación del antagonismo soviético-norteamericano, que amplía las posibilidades de cooperación (especialmente en la administración de crisis) y reduce el riesgo

de una guerra por accidente. En la práctica, sin embargo, el deseo de evitar una guerra abierta no se ha traducido en acción conjunta. Empero, el temor a la guerra puede usarse como forma de presión, para probar la resolución y tolerancia del lado contrario. Casi todos los observadores y formuladores de políticas concuerdan, no obstante, en que la Unión Soviética persigue sus objetivos sin desear una guerra, porque es tan consciente como Estados Unidos de que un conflicto nuclear tendría consecuencias catastróficas para ambos.

Los años ochenta se han caracterizado por inestabilidad y conflictos continuos en muchas partes del mundo. Como en periodos anteriores, hay una multiplicidad de causas, que van desde presiones a favor de cambios internos radicales que desbordan las fronteras de un país, hasta disputas tradicionales, como las territoriales.

Si bien es fácil prever la continuación de una intensa preocupación recíproca de Estados Unidos y la Unión Soviética, el curso y carácter de las relaciones soviético-norteamericanas es difícil de predecir. A principios de este decenio, ambos países entraron en un periodo en que su relación se caracterizó por incertidumbres y complejidades. Esta situación se ha presentado ya en el pasado, desde que Estados Unidos y la Unión Soviética se convirtieron en adversarios en la arena política internacional, pero hoy día es más intensa.

La acentuada preocupación sobre cuestiones de seguridad no disminuye, sin embargo, la importancia de abordar simultáneamente los problemas mundiales del desarrollo y de formular políticas de largo alcance en las relaciones de los países ricos y bien armados con los del Tercer Mundo. De hecho, les será cada vez más difícil a Estados Unidos y a otras potencias industriales subordinar esos problemas a las preocupaciones relativas a la seguridad militar, las relaciones con la Unión Soviética, o las relaciones entre miembros de la OTAN y la OCDE. Los problemas de las relaciones económicas con el Tercer Mundo, el desarrollo, los derechos humanos, las necesidades básicas y la no proliferación nuclear, están destinados a ocupar un lugar cada vez más importante en la política exterior de los países industrializados.

II

En los dos últimos decenios, México y Canadá se han vuelto cada vez más dependientes de las relaciones económicas con el resto del mundo para su bienestar. Las políticas económicas mexicana y canadiense se han visto forzadas, por ende, a prestar mayor atención a los procesos

internacionales. Ser dependientes de otros países incomoda a mexicanos y canadienses. Les preocupa ver restringidas sus opciones de política interna por fuerzas internacionales. Les enoja ver minada su prosperidad interna por factores externos. Una respuesta natural a estas situaciones es el análisis de acciones para revertir la dependencia de México y Canadá respecto a la economía mundial. En términos generales, sin embargo, una respuesta más realista y constructiva es explorar formas de sobrellevar esa dependencia, tornándola en ventaja. Después de todo, otras naciones dependen, a su vez, de México y Canadá.

Antes de que los canadienses tuvieran oportunidad de conocer en patria propia las consecuencias de la dependencia, o, mejor dicho, antes de que tomaran plena conciencia de su dependencia, tenían dificultades para entender lo que significaba para otros. Tal vez el significado real de la interdependencia pueda comprenderse sólo ahora, después de que todos los países importantes, literalmente, se han visto sujetos a las tensiones de la dependencia mutua. El decenio de los ochenta podría ser la época para avanzar hacia la formulación de políticas económicas en una economía mundial interdependiente.

En varios aspectos, los próximos años parecen poco favorables para dedicar más atención a los problemas principales en las relaciones de Canadá y otras potencias industriales con los países en desarrollo del Tercer Mundo. Las economías industriales del Norte se ven asediadas por problemas económicos internos aparentemente fuera de control —crecimiento lento y rezago en la productividad, desempleo estructural, tasa de inflación, que erosionan los logros económicos individuales y provocan una sensación generalizada de inseguridad frente al futuro.

También los países en desarrollo, que soportaron relativamente bien las presiones del decenio anterior, encaran ahora un futuro incierto. Sufren directamente los efectos del lento crecimiento de los mercados de los países industriales, así como el aumento de precios de casi todo lo que adquieren del exterior. Desde 1974, su deuda ha crecido a tasas exponenciales, y rebasa ya los 300 000 millones de dólares, en tanto que los compromisos del Norte de elevar o incluso mantener los niveles actuales de ayuda para el desarrollo se debilitan, a pesar de la pobreza generalizada en el Tercer Mundo.

La evolución de los países en desarrollo será cada vez más importante para el bienestar de Canadá y otros países desarrollados. Los países en desarrollo no sólo proporcionan una cantidad creciente de materias primas, petróleo y bienes de consumo de bajo costo, sino que constituyen ahora los principales mercados para las industrias y granjas de Canadá y otros países industriales. De hecho, el Tercer Mundo es una nueva

frontera de crecimiento para la economía mundial.

Los problemas en las relaciones entre los países desarrollados y los países en desarrollo han sido objeto de largas discusiones y negociaciones, a veces constructivas, pero generalmente mordaces, entre ambos grupos de naciones. Desde la séptima sesión especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en 1975, que logró iniciar una fase productiva de estas discusiones después de un periodo caracterizado por enfrentamientos, se han conocido estas pláticas como Diálogo Norte-Sur. En los últimos años, este diálogo se ha centrado en varios aspectos de las demandas del Tercer Mundo, relacionados con el establecimiento de un nuevo orden económico internacional (NOEI).

La racionalidad del NOEI —que es tanto un movimiento político como un conjunto de objetivos económicos— radica en la insatisfacción del Tercer Mundo con la distribución internacional de poder, riqueza e ingreso entre países desarrollados y países en desarrollo. Estas diferencias se atribuían, en un principio, al colonialismo, pero como la independencia política no mejoró rápidamente los niveles de vida en el Tercer Mundo, sus líderes e intelectuales comenzaron a analizar el sistema económico internacional, buscando “áreas de desigualdad” resultantes de un “colonialismo económico”. Las demandas del Sur implican muchos cambios en las reglas que rigen las transacciones económicas internacionales, y cubren una amplia gama de áreas: mecanismos de estabilización de precios de materias primas, basados en inventarios compensatorios y otros arreglos; mejorías en el sistema general de preferencias, para reducir aranceles a los productos que venden los países en desarrollo a los industriales; mayor acceso de las exportaciones del Tercer Mundo a los mercados de los países industriales; una reforma monetaria internacional, y cancelación o renegociación de la deuda en forma casuística. Los esfuerzos del Sur para mantener su unidad política lo han llevado a exigir cambios de fondo al *statu quo* internacional. Esta táctica, que consideran necesaria los líderes del Sur, ha sido rechazada totalmente por el Norte, lo que ha provocado un *impasse* en las negociaciones.

Los países desarrollados y en desarrollo deben buscar juntos métodos nuevos para lograr cambios mutuamente benéficos en el orden económico internacional. Esto requerirá cambios en las percepciones y en los procedimientos. Tanto el Norte como el Sur deben mostrar mayor receptividad a las preocupaciones y necesidades de la otra parte, y encontrar áreas de interés común en donde sea posible un progreso. Conseguir acuerdos en asuntos esenciales —comercio de energéticos, manufacturas y materias primas, inversión extranjera, finanzas, deu-

da, reglas para la explotación de recursos internacionales— requerirá reformas tanto en las instituciones como en el proceso de negociación.

Las evaluaciones de las oportunidades de progreso en el Diálogo Norte-Sur van desde el simple escepticismo hasta el optimismo cauteloso. Los críticos advierten la rigidez de ambas partes en muchas cuestiones políticas, y consideran que poco puede lograrse en los foros de negociación globales. Los optimistas, por otra parte, advierten pasos positivos que se han dado ya en algunas áreas, como reformas comerciales, acuerdos sobre materias primas y compromisos de renegociación de la deuda. Tomará todavía algún tiempo poner en funcionamiento estas nuevas formas de cooperación, y algunas tendrán más éxito que otras, pero es preferible la experimentación gradual al estancamiento.

III

En 1968, una misión ministerial canadiense en América Latina reportó que Canadá se hallaba en una posición única para vender técnica y participar en importantes proyectos relacionados con la industrialización de México y América Latina en general. Sin embargo, el reporte llegó a la conclusión de que el comercio de Canadá con México estaba en un nivel muy bajo, sobre todo en virtud de su potencial y si se comparaba con el comercio de Canadá con otros países, o en comparación con el comercio de México con otros países.¹ Los participantes en esa misión exhortaron a un enfoque más sistemático del comercio con México y América Latina en general, y sugirieron que la política comercial de Canadá determinara las políticas canadienses de inversión y ayuda en América Latina. Un resultado concreto de la misión ministerial de 1968 fue el establecimiento de un comité conjunto, de México y Canadá, que guarda paralelismo con el comité empresarial mexicano-canadiense creado en 1971. Varios encuentros de políticos y empresarios de ambos países ayudaron a crear un clima en el que pudieran desarrollarse el comercio bilateral y otros vínculos.

Desde esa época, la relación entre Canadá y México ha crecido al punto de que México encabeza ahora la lista de países latinoamericanos con los que Canadá busca relaciones cada vez más amplias.² La

¹ Department of External Affairs, "Preliminary Report of the Ministerial Mission to Latin America, October 27-November 27, 1968", pp. 24-25.

² Para un análisis del interés de Canadá en sus relaciones con México, véase D.R. Murray, "The Bilateral Road: Canada and Latin America in the 1980's", *International Journal*, núm. 37, 1981, pp. 108-131.

relación México-Canadá no es sólo de vecindad hemisférica, sino que ha comenzado una cálida amistad basada en una creciente asociación comercial.

En la reunión ministerial conjunta de 1977, México y Canadá acordaron fortalecer su relación ya más madura. Poco después, México escogió a Canadá como uno de los cinco países con los que deseaba establecer vínculos más estrechos. Por haberse convertido en un importante productor de petróleo, con reservas probadas mayores que las de Estados Unidos o Venezuela, México decidió utilizar sus nuevas exportaciones petroleras como medio para obtener la tecnología necesaria para acelerar su industrialización. Uno de los objetivos más importantes de México era reducir su dependencia de Estados Unidos como cliente petrolero y como socio comercial. Escogió a cinco países industrializados que pudieran proveer esta tecnología a cambio de petróleo: Canadá, Francia, Suecia, Japón y España.

Para Canadá, que deseaba diversificar sus proveedores de petróleo, México era una opción atractiva, particularmente después de 1979, cuando las compañías petroleras internacionales actuaron de acuerdo con sus propios intereses y mostraron muy poca receptividad a las necesidades canadienses. Otro factor hacía de México un socio deseable. Cuando comenzaron los debates sobre el petróleo en el gobierno canadiense, éste no sólo buscaba fuentes adicionales de ese energético, sino también lograr nuevos contratos para exportar su reactor nuclear, el CANDU. Una misión ministerial canadiense en México, en 1978, planteó la idea de un intercambio en el que Canadá compartiera su tecnología nuclear con México (y le vendiera uno o más reactores) a cambio de petróleo mexicano. El arreglo parecía perfecto, pero antes de que pudiera ejecutarse el acuerdo, en ambas partes surgieron, repentinamente, dudas al respecto.

Para la época del acuerdo industrial de 1980, el interés de Canadá se centraba en las negociaciones petroleras. Los canadienses prestaban poca atención a las disposiciones de cooperación industrial en las que había insistido México. A cambio de sus exportaciones petroleras a Canadá, México esperaba transferencias de tecnología en áreas en las que Canadá tiene experiencia: minería, madera y productos derivados, equipos de transporte, agroindustria y procesamiento de alimentos, servicios de petróleo y gas, petroquímica, equipo de telecomunicaciones, equipo de generación y transmisión de energía eléctrica, servicios de consultoría. Si bien el deseo de Canadá de iniciar un programa de cooperación en energía nuclear con México quedaba cubierto en el acuerdo industrial, los mexicanos no se comprometieron explícitamente a la

compra de reactores CANDU. Ganarse el contrato para la construcción de reactores nucleares representaba, para Canadá, el gran premio; lo que las compañías canadienses ganarían con la orden de compra de un CANDU se estimaba en 1.6 miles de millones de dólares. Desafortunadamente para la cooperación en materia de energía nuclear, la crisis financiera de México detuvo abruptamente este proyecto a principios de 1982, y las negociaciones sobre la compra del CANDU quedaron suspendidas indefinidamente.

Aun sin la venta del CANDU, el comercio mexicano-canadiense se ha diversificado gracias al acuerdo de cooperación industrial, y las perspectivas de expansión de la economía de Canadá han hecho que funcionarios y exportadores de este país den más importancia a México como mercado para los bienes canadienses. Las exportaciones de Canadá a México aumentaron en más de un 100% en 1980 (esto es, de 242.7 millones de dólares en 1979 a 494 en 1980). A su vez, las importaciones canadienses de México aumentaron más de 65% (a 345.4 millones de dólares en 1980), y fueron aún más elevadas en 1981 por las importaciones petroleras. El superávit comercial de México con Canadá siguió creciendo: para 1982, México exportaba mercancías por un valor de 998.4 millones e importaba por 446.7 millones de dólares.³ Históricamente, Canadá había tenido un superávit en su comercio con México, pero con el costo de las importaciones petroleras esta situación cambió; desaparecería el déficit si las exportaciones canadienses a México siguieran creciendo a un ritmo acelerado, lo cual es poco probable en vista de la crisis económica mexicana.

El comercio y, específicamente, las oportunidades canadienses de exportación, están determinando las prioridades de Canadá en sus relaciones con América Latina. El Departamento de Industria y Comercio de Canadá dedicó a México la primera de una serie de estrategias de apoyo a las exportaciones latinoamericanas.⁴ El documento respectivo reconoce que las relaciones políticas entre ambos países son la llave que abrirá oportunidades comerciales. Puede esperarse todo tipo de visitas ministeriales con el objeto de crear un clima propicio para el comercio.

³ United Nations, *Yearbook of International Trade Statistics*, 1979, 1980, 1981, 1982, 1983.

⁴ Department of Industry, Trade and Commerce, "Canada's Export Development Plan for Mexico", abril de 1981.

IV

El petróleo y el comercio han acercado a México y Canadá más que nunca. ¿Puede esta asociación ir más allá del comercio? Ciertos aspectos cordiales de la cooperación Norte-Sur indican que sí, y México y Canadá pueden encontrarse en una misma posición en respuesta a las iniciativas del presidente Reagan. Su deseo expreso de alentar mejores relaciones con los vecinos inmediatos de Estados Unidos, su proyecto de un mercado común de Norteamérica, y la posición estadounidense en Centroamérica, son todos elementos que acercan a México y Canadá.

Canadá y México presidieron en forma conjunta la reunión cumbre Norte-Sur, celebrada en Cancún en octubre de 1981, y sus gobernantes intentaron juntos crear una atmósfera de entendimiento mutuo y de diálogo entre los países del Norte y del Sur representados en la reunión. El compromiso mexicano-canadiense de mantener el espíritu de cooperación de Cancún fue reiterado durante la visita a México de Pierre Elliot Trudeau, en febrero de 1982. Junto con López Portillo, Trudeau expresó la necesidad de adoptar una estrategia de seguimiento para asegurar, desde el más alto nivel político, una atención sostenida a los principales puntos de la agenda de Cancún.

Sin embargo, parece que el propósito de la visita de Trudeau iba más allá de una mera reafirmación del espíritu de Cancún. Incluía también la búsqueda de un entendimiento —incluso una alianza— en lo que toca al tratamiento a Estados Unidos. Otro objetivo fue analizar las perspectivas de un acuerdo tripartito de los países del norte de América.

Según algunos observadores, uno de los intereses de Trudeau al venir a México era conocer de cerca la experiencia mexicana en nacionalizaciones y control de las inversiones extranjeras; es decir que Canadá, toda proporción guardada, podría aprender algo de la experiencia de México. Esto ha causado cierta preocupación en círculos oficiales norteamericanos que piensan que México puede representar un mal precedente para eventuales medidas del gobierno de Canadá. En este punto, se podría pensar que Canadá y México encuentren intereses comunes en su relación con Estados Unidos, aunque sería difícil sostener que esto conducirá a una alianza más firme entre ambos países.

No cabe duda que la relación de México y Canadá con Estados Unidos tiene prioridad para ambos países. Tampoco hay duda de que, como declaró Trudeau, las relaciones de ambos países con Estados Unidos continuarán siendo más intensas que las que pueden establecerse entre México y Canadá. No obstante, resulta claro también que vínculos más

estrechos cumplen funciones importantes tanto para México como para Canadá. Las economías de Estados Unidos, Canadá y México son cada vez más interdependientes y complementarias; Estados Unidos, por supuesto, es el pivote central, ya que las transacciones directas mexicano-canadienses siguen siendo relativamente modestas.

Como sugiere el debate sobre un mercado común del norte de América, la fuerza primaria para la integración de esta parte del continente es la economía. Estados Unidos y Canadá son importantes socios comerciales el uno para el otro, de tal manera que muchos canadienses ven a su país como una especie de colonia económica norteamericana (si bien las inversiones canadienses en Estados Unidos son considerables). Estados Unidos y Canadá también "intercambian" turistas.

Asimismo, Estados Unidos y México son socios comerciales importantes, y el patrón de las compañías norteamericanas con sus subsidiarias en Canadá tiene su contrapartida en México, aunada a la característica peculiar de las "industrias fronterizas" mexicanas que producen para los mercados norteamericanos. El turismo norteamericano en México constituye también un elemento muy importante para la economía mexicana.

Estados Unidos ha obtenido y sigue obteniendo importantes materias primas de sus vecinos. Antes importaba petróleo de Canadá, y si bien las exportaciones canadienses se han interrumpido, Estados Unidos ve con codicia las reservas de brea y esquisto en Alberta, aunque hay reservas comparables al sur de la frontera. A pesar de la sobreoferta petrolera, Estados Unidos pretende importar cuanto petróleo y gas produzca México por encima de su consumo interno.

◦ Otro elemento importante que lleva a la integración económica de las tres naciones es la agricultura. Estados Unidos y Canadá tienen patrones similares de producción agrícola para exportación, y la combinación del trigo canadiense y norteamericano constituye una poderosa "arma alimentaria" en el norte de América. La agricultura mexicana desempeña un papel cada vez mayor en la producción de frutas y legumbres —fuera de estación o intensivos en mano de obra— para el mercado norteamericano, y bien podría abastecer el mercado canadiense. Si bien los trabajadores migratorios entre Canadá y Estados Unidos no son muy numerosos, la migración laboral de México a Estados Unidos —tanto legal como ilegal— es importante para la salud de la economía mexicana y tiene un peso cada vez mayor para la economía norteamericana.

Pero si los factores antes expuestos conducen a una mayor integración económica, otras fuerzas actúan en su contra. No es accidental que

los llamados a favor de un mercado común vengan de Estados Unidos y no de México o Canadá. La mayoría de los mexicanos y canadienses no quieren ver a sus países convertidos en colonias agrícolas o de energéticos de Estados Unidos, y los gobiernos de estos países indudablemente preferirían, si fuera posible, edificar economías equilibradas sobre una base nacional, en vez de convertir sus naciones en periferias de la metrópoli norteamericana, en una economía de dimensión continental.

La integración cultural también encara obstáculos. Los canadienses han luchado por preservar —o, mejor dicho, crear— una identidad cultural singular, y muchos prefieren cierto aislamiento político a cambio de seguridad cultural. Los mexicanos poseen una herencia cultural rica y resistirían la “norteamericanización”. Así lo harían también, por supuesto, los nacionalistas culturales de Quebec, quienes resentirían pasar a formar parte de una entidad mayor.

México es el mejor ejemplo de los beneficios que ha obtenido Canadá al preferir un enfoque bilateral en sus relaciones con países de América Latina, en vez de un enfoque multilateral. Cabe observar que las relaciones con Brasil, Venezuela y Cuba también reciben esmerada atención.

Una excepción importante a la política bilateralista de Canadá en el hemisferio occidental ha sido la región caribeña, especialmente la Comunidad del Caribe. Esta política parece provenir, en parte, de la preocupación por la seguridad del Caribe, ahora que 50% de las importaciones petroleras de Canadá pasan por esa zona. Los funcionarios canadienses se preocupan por la inestabilidad de los gobiernos en algunos de los microestados de la región, y estas preocupaciones han aflojado los cordones de la bolsa de asistencia canadiense.

Después de la revolución sandinista en Nicaragua, los trágicos acontecimientos en El Salvador han volcado la atención canadiense hacia Centroamérica. Con las perspectivas de trastornos en Guatemala, Centroamérica seguirá siendo una región en desorden. Tradicionalmente, la política exterior canadiense no ha dado a esta región alta prioridad. Esto comienza a cambiar, aunque sería prematuro afirmar que Centroamérica ocupará un lugar prominente en la política canadiense hacia América Latina en el próximo decenio. Ni Canadá ni México ven a Centroamérica y al Caribe meramente en términos de un equilibrio mundial del poder, y es poco probable que adopten una perspectiva rígida Este-Oeste ante los complejos problemas de la región.

Si el gobierno de Reagan opta por usar la fuerza en el Caribe o Centroamérica, tanto México como Canadá se verán profundamente afectados. Es concebible que ambos países encuentren nuevas áreas de interés común, en tanto intenten modificar y canalizar las acciones de Estados

Unidos en América Latina hacia fórmulas tolerables para ambos países. Las políticas del gobierno de Reagan bien podrían ser el catalizador de una alianza de México y Canadá.

V

En vista de estos hechos y tendencias, ¿qué nos depara el futuro? Probablemente veamos una continuación del *statu quo* internacional, caracterizado principalmente por una tensión creciente en las relaciones Este-Oeste y Norte-Sur. A los momentos de crisis en cada contexto, seguirán tentativas de negociación, y un lento y modesto progreso hacia el establecimiento de un nuevo orden económico y político internacional.

En el próximo decenio, la intensidad de las relaciones mexicano-canadienses dependerá principalmente de estos factores: la preservación de un equilibrio estratégico mundial; las principales tendencias en política internacional; el juego entre éstas y los intereses norteamericanos; la cooperación entre países desarrollados y en desarrollo (es decir el progreso en el Diálogo Norte-Sur); el grado en que las economías mexicana y canadiense sigan siendo complementarias, y la compatibilidad ideológica de los líderes políticos.

Un mundo en movimiento y conflicto constante ofrece a México y Canadá oportunidades para buscar papeles más importantes en la política internacional. El fortalecimiento de las relaciones mexicano-canadienses constituye, en sí mismo, un factor que puede favorecer esos papeles. Sin embargo, el progreso en estas relaciones es vulnerable a condiciones políticas cambiantes.

En teoría, el entorno mundial en transformación ofrece a México y Canadá oportunidades para lograr avances en sus relaciones en el curso del decenio de los ochenta. En la práctica, sin embargo, las respuestas políticas previsibles de Estados Unidos disminuirán esas oportunidades porque posibles avances en las relaciones entre México y Canadá podrían afectar sus intereses.

En los ochenta, las relaciones mexicano-canadienses habrán de experimentar una evolución gradual. Si bien existe una clara voluntad, en ambos países, de adaptarse a realidades internacionales cambiantes, sus políticas internas y otros factores inhiben una evolución más rápida y profunda en la relación.

Existe, además, un catálogo de razones —históricas, políticas, económicas y culturales— por las que es de esperar que las relaciones mexicano-canadienses cambien sólo gradualmente, sobre todo en tiem-

pos de desasosiego e incertidumbre general. Es por esto que el conjunto de factores que han conformado la relación entre México y Canadá en el pasado, continuará operando de manera similar en el mediano plazo.

El curso de las relaciones mexicano-canadienses no puede explicarse sin considerar la política exterior de Estados Unidos; su evolución futura se verá afectada por condiciones que surgen de intereses definidos principalmente en Washington. El grado de cercanía y cooperación entre México y Canadá no sólo dependerá de las relaciones canadiense-norteamericanas y mexicano-norteamericanas, sino también de las respuestas políticas norteamericanas a un acercamiento mexicano-canadiense.

Las relaciones mexicano-canadienses pueden caracterizarse, en última instancia, como un recurso para mejorar las posiciones de negociación de México y Canadá, y para reducir su dependencia frente a Estados Unidos. Una eventual alianza táctica mexicano-canadiense implicaría una combinación de mayor cooperación económica y política entre ambos países con políticas exteriores más nacionalistas y distantes de Estados Unidos.

En la práctica, esta alianza daría por resultado políticas diseñadas para contrarrestar los esfuerzos norteamericanos por obstaculizar la relación. No se intentaría excluir toda influencia norteamericana en México o Canadá. Ese empeño está, ciertamente, más allá de las capacidades de ambos países, y no estaría necesariamente en su interés. Más bien, la alianza procuraría inducir una voluntad norteamericana de encaminarse hacia soluciones razonables, congruentes con los intereses de estos dos países.

La experiencia pasada continúa dominando el pensamiento y condicionando las acciones de los líderes mexicanos y canadienses, a tal grado que la contención de Estados Unidos se ha vuelto una importante función del derecho internacional y de la práctica diplomática, un fin en sí misma, más que mera táctica para conducir la política exterior.

Esta actitud tradicional, reactiva y esencialmente negativa, debe sustituirse por un enfoque más empírico y espontáneo, si México y Canadá piensan ejercer las opciones a las que irán teniendo acceso. Aunque la relación con Estados Unidos fue preponderante en el pasado y sigue siéndolo en el presente, los mexicanos y canadienses deben adoptar una visión más elaborada y comprensiva del mundo si desean tomar ventaja de su expansión interna y de las condiciones mundiales que han reducido el poder relativo de Estados Unidos.

México y Canadá deberían considerar que nuevas condiciones requieren nuevos enfoques. Deberían seguir la estrategia de optimizar las

ventajas y reducir las desventajas de su proximidad a Estados Unidos, de la escalada del conflicto entre las dos superpotencias, y de la crisis económica internacional.

El progreso implica cambio, y el cambio implica conflicto. México y Canadá deben estar preparados para vivir con el conflicto que surge inevitablemente de los cambios en la política internacional y la economía mundial. Además, México y Canadá deben estar preparados para influir positivamente en esos cambios, y para adaptar sus políticas y relaciones en formas que defiendan sus intereses y tomen en cuenta la realidad internacional.